Caterina Albert i Paradís
(*Victor Català*)

IDILIO TRÁGICO

Caterina Albert i Paradís (*Víctor Català*)

Nace en L'Escala (Gerona), en el año 1869, esta genial escritora, cuyo nombre ocupa un lugar indiscutible en la cima de la narrativa catalana y que, por méritos propios, por su estilo definido y personal, debe estar, con todos los honores, en las páginas literarias más brillantes de las letras hispánicas. Perteneciente a una acomodada familia de propietarios rurales y gran amante de la lectura, tuvo una formación autodidacta en su lugar natal. Desde su juventud, Caterina Albert tuvo que enfrentarse a una serie de problemas planteados por su condición de mujer con una clara vocación hacia la literatura y por su condición de escritora con un estilo y una temática calificados como «crudos», no habituales en una mujer, ni adecuados para la sensibilidad femenina. Esto provocó la incomprensión de algunos sectores de la sociedad hacia su literatura y su propia persona, que marcarán —a veces dolorosamente, según se descubre en abundantes confesiones suyas— su vida y su obra y llevarán a la escritora a ocultar su nombre, identidad y sexo bajo el pseudónimo masculino *Víctor Català*, procedimiento que no llega a solucionar su situación: cuando en 1898 obtiene el primer premio en los Juegos Florales de Olot por *La infanticida*, se produce una reacción de sorpresa, en medio de gran escándalo, cuando el jurado descubre que el nombre *Víctor Català* oculta a una mujer. En este ambiente polémico, que llevará a la autora a no abandonar nunca su pseudónimo y a mantener largos períodos de silencio literario, que se intensifica, por varias razones, a partir de 1939, Caterina Albert gozó de un gran prestigio en las primeras décadas de nuestro siglo. En 1923 ingresa en la Acade-

mia de Buenas Letras de Barcelona, su firma aparece en las más conocidas publicaciones —en catalán y, también, en castellano— y su personalidad era bien conocida en toda España. Ángel Guerra, traductor de sus cuentos al castellano, la destaca junto a Emilia Pardo Bazán y a Blanca de los Ríos de entre todas las escritoras españolas. Y Federico Carlos Sainz de Robles, en su *Diccionario de Mujeres Célebres* la compara con Pardo Bazán, Alarcón y *Clarín*. Tras una larga y retirada vida, alterada sólo por algunos viajes a Barcelona, entregada hasta sus últimos días a un trabajo silencioso, murió en su L'Escala natal en 1966.

Su producción es extensa. Escribió algunos libros de poemas, *Cant dels mesos* (1898), *Llibre blanch* (1906), pero es en la prosa donde mostró su máximo talento literario. Es autora de varias colecciones de cuentos: *Drames rurals, Ombrívoles, Caires vius*, publicados entre 1902 y 1907, contienen los más valiosos textos de los que *Parricidi* y *La infanticida* son, sin duda, sus obras más famosas. *La Mare-Balena* y *Marines* son títulos de otros volúmenes de cuentos. Entre sus novelas destaca *Solitud* (1905), que ha sido traducida no sólo al castellano, sino al francés, italiano, alemán, ruso, polaco e, incluso, al esperanto. En su dilatada vida escribió otras muchas novelas: *Nostr'amo, Un film, Nisa*, etc.

A.E.B.

Idilio trágico

El grupo de mendigos de oficio marchaba lentamente carretera abajo como un río manso que fuera a desembocar en el pueblo.

Era un pelotón del ejército de la miseria y de la holgazanería que paseaba alegremente sus harapos, lanzando gruñidos de bestia, mordisqueando mendrugos de pan negro y enseñando, cual si fuesen cruces y medallas que se ganaron sobre el campo de batalla, llagas en carne viva, costras de pus reseco, huesos retorcidos, muñones repugnantes... todas las máculas[1] de la miseria y de la brutalidad; todos los estigmas del hambre y de la basura.

La mayoría era de viejos, seres casi sin sexo, piltrafas humanas exprimidas, hojas dispersas que el sol y el polvo de los caminos resecaba, que la desnutrición consumía y que, andando siempre a la intemperie, el tiempo empujaba hacia la muerte sin que ellos del avance se dieran cuenta, inconscientes de las injusticias sociales, sin el amor de los suyos, escarnecidos por todos, maltratados siempre como broza[2] inútil de la vida.

Delante del grupo, a la cabeza, marchaba la Gorda, con un trozo de lienzo a guisa de capucha, el báculo en la mano, cantando una cancioncilla grosera.

1. *máculas:* manchas.
2. *broza:* maleza y despojos vegetales.

Detrás de ella seguía la turbamulta de hombres y mujeres, vestidos con harapos y ropas de desecho. Figuraban en primer término los mendigos más antiguos en el oficio, los que hacía más tiempo que limosneaban: la Chica, con la cabeza medio hundida entre las espaldas y siempre mirando a tierra, siempre refunfuñando entre dientes y siempre tirando con todas sus fuerzas, como una mula de un carro, de sus canastos de caña, junto a los cuales marchaba Miguelón, riendo como un tonto, mirando y remirando su blusa nueva y la gorra de colegial, galoneada de oro, tan pequeña que no le cubría la cabeza. Tenía el Miguelón veinte y cinco años; era barbilampiño como una mujer y por una colilla era capaz de hacer los mayores sacrificios.

Solía acompañarle el Niño del Pico, un hombrón, fuerte como un roble, alto como un pino, que pedía limosna por *sport*, por hábito, por holgazanería; por todo, menos por necesidad, pues tenía dinero dado a rédito, había casado cuatro hijas con buena dote y hasta se sospechaba que poseía unos tirajos[3] de tierra. La gente lo miraba con malos ojos porque se murmuraba que había servido como espía a una partida de ladrones que asaltaban cortijos y caminos durante la noche, enmascarándose.

Los compañeros no lo querían en el grupo, porque cuando él los acompañaba ponían mala cara en las casas a donde acudían, no dejándolos parar ni siquiera un momento a las puertas; pero, como era el más fuerte, nadie se atrevía a decirle una palabra. Sólo el ciego del Llano, tan pronto lo sentía cerca, le gritaba con enojo: ¡fuera! y para huir de su contacto empuñaba el bastón, al que se agarraba por un extremo y el otro lo sostenía su nieto, Jaimillo, un chico lindo, muy lindo.

3. *tirajo:* despect. de tira.

Aquel ciego, poca cosa y ahilado[4] como una paja, era el tormento del gigante que cuando lo veía apartarse con malos modos temblaba de coraje y sentía deseos de hundirle la cabeza en el cuerpo de un puñetazo. Pero, se aguantaba, conteniendo la ira, porque el ciego, sin ver ahora, había tenido vista hacía algunos años, conservaba la memoria y la lengua lista, y el Niño del Pico, quería pasar en paz los últimos años de su vida sin traicionar a los compañeros de otro tiempo.

A poca distancia del ciego, pero separadas de los hombres, arrastrando los pies y disputando siempre, solían marchar, a la cola del grupo, la Lucía y la Camila, dos viejas muy pequeñas, limpias y adecentadas, con sus faldas bordadas, delantales aseados, corpiños bien remendados, las medias azules muy zurcidas, y los rostros arrugados, resaltando entre los pliegues de la capucha de bayeta negra sujeta al cuello.

Se hubiese dicho que eran hermanas al verlas tan parecidas y siempre juntas. Eran nada más que consuegras; el hijo de una se había casado con la hija de la otra y vivían todos como una sola familia. El muchacho quería a ambas, lo mismo que la moza, y ellas venían a ser como los niños de aquel matrimonio que no tenía ninguno.

Con manos temblorosas, cortas de vista y de piernas enflaquecidas, para nada servían. Si tomaban un plato, se les caía, rompiéndose; si intentaban hacer calceta, se les escurrían los puntos; si el cerdo se escapaba y salían a atajarle el paso, tropezaban y al caer se herían. Pero, ambas eran laboriosas y no podían estarse quietas un momento; ambas querían hacer algo y hacerlo cada una mejor que la otra; y los hijos, para que se distrajesen y no enredasen[5]

4. *ahilado:* delgado.
5. *enredar:* discutir, incordiar, hacer travesuras.

en casa, les permitían que pidieran limosna. Por eso se las veía siempre juntas, siempre con sus cestos y sus báculos, siempre disputando. El disputar lo llevaban en la sangre. Disputaban por cualquier cosa: porque a una le habían dado un tomate más que a la otra; porque la Camila había llamado puerca a la Lucía, por comer con los dedos; porque la Lucía había empujado a la Camila al traspasar una puerta; porque una andaba de prisa y la otra poco a poco... Era cosa de oírlas a cada momento:

—Eres una refistolera[6] que miras todo lo que como.

—Y ¿qué?... los higos son nuestros.

—La nuera me los ha dado.

—Son de la higuera de mi hijo.

—Pero, ella los va a coger.

—Y yo voy a...

—¡Mientes!

—¡Tú!

O bien:

—Era una pieza[7] y han dicho que la partiésemos.

—Ya te he dado una perra chica[8].

—Pero te has quedado con la gorda[9].

—Y ¿qué?

—Que quiero la mitad.

—Entonces, devuélveme la otra.

—Ya me la has dado, y sabes que el que da y quita se va al infierno.

—Tú irás ¡por rabiosa!

—¡Y tú por ladrona!

—¿Ladrona yo?

6. *refistolera:* vulg. de *refitolera* "entrometida".
7. *pieza:* moneda.
8. *perra chica:* moneda de cinco céntimos, en una de cuyas caras aparecía el león emblemático que la gente, por diversión, identificó con una perra.
9. Se refiere a *perra gorda*, moneda de diez céntimos (véase nota 8).

—Sí, que me has robado la pieza.

—¡Y tú la mía!

—Tienes que confesarte...

—Y lo diré todo al señor cura.

Pero, si alguien con mala intención, atravesaba el bastón delante de la Camila para hacerla caer, ambas se revolvían iracundas, insultando al descarado; o bien, si Lucía se atragantaba con un orejón[10], la Camila rompía a llorar, pidiendo a voces auxilio. No podían verse un momento separadas. Y hasta, para mantener la paz en casa, las habían hecho dormir juntas en una misma cama.

De pronto, entre el rumor que levantaba el grupo en marcha, la voz gargajosa de la Gorda, cortando la grosera cancioncilla que cantaba, gritó:

—¡Uy! Miren donde está esa mala oruga.

—¡Vaya! refunfuñó la Larga. ¡Ya la podíamos estar aguardando!

—¡Miren qué amartelados están!...

—¡Ay! ¡Dios me castigue si no están de novios!

De todas las bocas brotó, en coro, un torrente de risas irónicas.

—Esperen, que yo... y al decir esto a los del grupo se fue en derechura al sitio donde un hombre y una mujer, sentados en unas piedras a orillas del camino conversaban, tomando el sol. De lejos les gritó:

—Tú, Lalia, arrastrada: ¿qué haces tan entretenida?

—¿Te pide relaciones el Nel?, dijo la Escrúpulos, una mujerona desgarbada, con aires desenvueltos y que padecía el mal de San Vito[11].

El Niño del Pico también los increpó con su voz ronca de contrabajo destemplado:

10. *orejón:* trozo de melocotón, secado al sol y al aire.

11. *mal de San Vito:* enfermedad que provocaba convulsiones especialmente en los niños; también era conocido como «baile de San Vito».

—¡Eh! ¿Cuándo os casáis?

—El día de Inocentes, contestó una voz desgarrada.

—O por san Simplicio, añadió otro riendo.

—¿Nos daréis dulces?, dijo a su vez la Rabisca, una mujerona tiñosa, que llevaba puesto un chaquetón de hombre.

Los increpados no contestaron; pero al ver cerca la avalancha humana, se incorporaron. Eran el Nel y la Lalia[12], dos mendigos del pueblo. Así que los alcanzaron, los del grupo los envolvieron comenzando a bailar en corro, voceando y riendo. La Gorda llevaba el compás, golpeando la cesta como si fuera un tamboril.

Los dos viejos, sorprendidos, al principio estaban avergonzados; después el mendigo, intentando romper el círculo, empezó a vomitar insultos, pero los otros, cuanto más indignados los veían, más extremaban el griterío y las risas.

Solamente el ciego protestó enfadado.

—Dejarlos, brutos, más que brutos.

—Cállate tú, que no sirves para nada, contestóle la Gorda.

Y el ciego, temblando de coraje, se marchó carretera adelante, empujando a su nieto que volvía la cabeza curioso de presenciar la broma.

La algazara continuaba; todos empeñábanse en que los dos viejos entraran del brazo en el pueblo, como una pareja de señorones cuando vuelven a casa del casorio. Los demás los seguirían cantando y riendo.

Los campesinos, que regresaban al pueblo con las azadas al hombro, parábanse sorprendidos y cuando se enteraban del motivo de la broma soltaban la risa también estrepitosamente.

12. Obsérvese el uso del artículo ante los nombres propios de persona, construcción normal en catalán.

Y aquellos dos infelices, en medio del grotesco cortejo, que entonaba la marcha real, parecían dos malhechores conducidos a la horca.

Él pasaba de los sesenta años; ella tenía cincuenta y tres.

Él era bajo de cuerpo, con una cabeza ancha, cubierta por greñas enmarañadas, la nariz grande, roja, con pelos que parecían, por lo recios, púas de erizo, y el belfo[13] caído. Trabajosamente podía caminar, ayudándose con dos bastones y removiendo el cuerpo como un barco deslastrado[14]. Sus rodillas no levantaban un palmo del suelo y las piernas las movía como un par de remos que chapoteasen en el agua pesadamente y sin ritmo. Siendo chico le había pasado por encima un carro. Diéronle entonces por muerto, y nadie acudió en su auxilio; pero él, con apego a la vida, logró salir adelante, curando de las lesiones pero quedando derrengado y casi sin poder valerse.

Ella era alta; los tumores, agarrados a su cuerpo como ostras a las rocas, se la comían viva. De joven tuvo cara de buen ver y la festejaron los mozos, y de aquellos tiempos le quedaba el afán de presumir. Todos los cuartos que recogía mendigando empleábalos en pañuelos y en cintas para adornarse el cuello cubriendo los emplastos. En una temporada que pudo andar con la cabeza descubierta, compróse un alfiler grande para clavar en el moño. A cambio de estos lujos, solía andar descalza en verano e invierno y enseñar los codos puntiagudos por las desgarraduras del corpiño.

Los dos estaban libres: él era el tío en una casa donde abundaban los chiquillos tanto como las pulgas; ella era

13. *belfo:* "cualquiera de los dos labios en los caballos o en otros animales" *(DRAE)*.

14. *deslastrado:* que se le ha quitado el lastre.

heredera de otra que se venía al suelo. No tenía ni padre ni madre, ni parientes, ni amigos.

Los dos trabajaban. Él guardaba los gorrinillos de todo el pueblo en un campo del común[15] y a tres cuartos[16] por cabeza cobraba cada mes; ella criaba cochinillos en su casa; y los dos, un par de veces por semana, incorporándose al grupo de mendigos, iban a pedir limosna por el pueblo.

Como el Nel no podía andar de prisa tenía que salir antes que los compañeros para estar a la hora, y a ella unos señores le habían dicho que si iba antes que los otros le daban un buen plato de comistraje todos los sábados y ella madrugaba para conseguirlo. Por eso cuando el sol salía se encontraron ambos en la carretera.

—¡Hola, José! ¿Usted por aquí?

—¿Qué tal, Lalia?

—¿Ya de camino?

—¿Qué se va a hacer?

Y se emparejaron, marchando el uno al lado del otro.

Era un día magnífico; las hierbas de las orillas del camino, cuajadas de rocío, erguíanse agitando sus hojas hacia lo alto como si quisieran acariciar al sol; y la tierra, húmeda, exhalaba un vaho caliente y saludable.

—Mucho ha madrugado, José.

—A las cuatro me he levantado.

—Debía hacer frío con el vientecillo mañanero.

—¡Frío, contra! No temo más que al invierno. Estas condenadas piernas... En seguida me canso; ya me va...

—Como es temprano todavía, si quiere descansar un poco le haré compañía.

15. *común:* que pertenece a la comunidad.

16. *cuarto:* "moneda de cobre, cuyo valor era el de cuatro maravedíes de vellón". En *DRAE* (1929), equivalente a tres céntimos de peseta.

—A fe, que no me vendría mal... Sentémonos...

Y en el primer sitio, a la orilla del camino, donde vieron que daba el sol se sentaron.

El Nel colocó a su lado las muletas y Lalia a la vera suya puso la cesta, envolviéndose bien después en un trozo de pañolón[17] de abrigo.

—Dios se lo pague...

Y como viese que ella se arropaba, añadió:

—Parece que tiene frío...

—No lo crea; es que...

—¡Contra!, yo no lo siento nunca. Mire como voy.

Quiso, abriendo la camisa babeada, mostrar que llevaba el pecho al descubierto, sin ninguna clase de abrigo.

—¡Uf! Abróchese que me escalofrío.

Soltó él una risotada a todo placer.

Después hablaron de sus respectivas miserias.

La Lalia estaba llena de tumores, y a una pregunta de Nel contestó:

—¡Ya ve! ¡Me crucifican! Tengo el cuello con cada agujero que puede entrar el dedo gordo.

—Bien, el cuello para nada sirve. Pero, ¡la mano!

—Tiene razón... Sólo que el cuello... ¿sabe?... desgracia.

—¿No la ha visto nadie?

—¡Ya lo creo! El médico del pueblo me mandó una medicina para que bebiera media cucharada todos los días y otra para que me pusiese paños empapados sobre los tumores.

—¿Y le hizo bien?

—¿Qué dice? ¿Bien? Creí que me moría. ¿No recuerda?

—Pero, ahora...

17. *pañolón:* mantón.

—Lo que es los médicos... ¿qué quiere que le diga?... me parece que...

—¡Ay, sí! Soy también del mismo parecer. Fíjese, cuando volvió a verme y comprendió que se había equivocado, casi me pega.

—¡Contra! y ¿por qué?

—Porque se empeñó en que yo había cambiado las medicinas, usando la una por la otra. Y aunque así fuera, ¿qué más daba? ¡Si hubiesen sido buenas!...

—Verdad. Yo creo que esa gente no sabe nada. A ser usted, probaría la mano del muerto, que dicen es un gran remedio.

—¡Sí, ya lo he hecho! Y no se crea; es lo mejor que me ha sentado. Así que alguno está agonizando me voy a verlo, y como la gente conoce mi intención, así que expira me dicen: "anda, tócalo ahora que está todavía caliente". Y yo, entonces venga pasar y volver a pasar la mano del muerto por mis llagas.

—¡Ay, qué suerte es poder andar con las piernas sanas! Se va adonde se quiere! Pero yo, ¡ya ve!, todo tienen que hacérmelo por culpa de estas recondenadas...

—Pero tiene a los suyos, José, y yo estoy desamparada.

—¿Qué me importan los míos, si no me valen de nada? La muchacha no piensa más que apañar mis cuartos, cobrando las mesadas[18], y no me da ni siquiera para comprar un traje y cubrirme las carnes, ¿entiende? Ahora ya no tengo ni cama y duermo en la cuadra con el potro que un día me revienta; como hay Dios! Y hasta los chiquillos van a picarlo para que tire coces y se ríen cuando ven que me asusto y que no puedo correr. ¿Y sabe por qué me han echado de la cama? Porque la necesitan para la zagalona, que dicen está enferma y no puede servir.

18. *mesada:* dinero que se cobra o paga cada mes *(DRAE)*.

—¿Enferma?... Yo he oído...

—¡Cierto mujer! ¡Si es más mala! Su madre es quien la pierde. Coge todo lo que le trae, ¿sabe? El otro día trajo unas tijeras que parecían de plata; se podía mirar uno en ellas. Les pedí que me las dejaran para cortarme la barba, y me dijeron que acudiese al barbero. Parará en presidio la condenada. ¿Y, ahora, sabe cómo me limpio la cara? Chamuscando la pelambre.

—¡Caramba, infeliz! ¿Y no se hace daño?

—¡Ya lo creo! Pero tengo estas cerdas tan espesas, que, si no me las cortara, los animaluchos no me dejarían en paz.

—Si le cuidaran en casa...

—¡Son más ladronas y más!... Si yo tuviera ánimos para cobrar lo mío, no me pasarían estas cosas; pero, como ven que no puedo valerme y no sirvo para nada, me tratan a golpes y me matan de hambre. ¡Fíjese en lo que me dan para todo el día los recondenados!

Y el pobre metiendo la mano en la talega sacó un trozo de pan.

—¡Caramba!, exclamó la vieja. ¡Parece un hueso! Peor que el que dan en el pueblo.

—Bien dice. ¡Si es más!... Y todavía me lo regatean. Gracias a lo que recojo; pero los días que no ando a la limosna, estoy de sol a sol con este bocado. Si no fuera porque tengo más vida que un avechuelo, ya hubiese entregado la carta ¡como hay Dios!

Y sus ojos parecieron entonces humedecerse de tristeza y su rostro se entenebreció como si por su alma hubiese pasado una nube negra.

La vieja sintió tentaciones de ofrecerle parte de la vianda que porteaba en el cesto; pero, como era codiciosa, al instante desechó aquella mala idea. Ella no sufría hambres; siempre le sobraba comida. Hasta compraba golosi-

nas para comérselas, a hurtadillas, al zoco[19] de una pared o en cualquier lugar solitario por donde no pasaba gente.

Sabíanlo las otras mendigas, quienes, envidiosas, hablaban mal de ella diciendo que las golosinas le hacían perder la salud.

—Menos mal —insistió el viejo— el comer. Lo que me desespera es la sed. No me dan una gota de vino aunque vean que me muero, y si quiero agua me mandan a la acequia. Y un día que me puse de bruces para beber agua en ella, me caí de cabeza y si no me socorre el mulero de la Pardilla, que al pasar me vio, allí me hubiese quedado. Y al saberlo ella, dijo que así se le hubiesen roto las manos al mulero... ¡Recondenada!... ¡Ah! Si yo pudiese recobrar lo mío y encontrar una mujer con quien casarme!

En aquel momento, como una piedra caída del cielo, hirió las cabezas de ambos una misma idea. Se miraron de soslayo. Ella inclinó la cabeza avergonzada y arreglándose el pañuelo, dijo:

—¡Mujeres!... Pronto las encontraría si quisiera.

Él tornó a mirar a la vieja de reojo y dentro del pecho sintió como una ráfaga de alegría.

—¡Contra!, pensó. Todavía tiene buen ver... ¡Y es sola!

Y luego, insinuándose, dijo en voz alta.

—Tal vez la que a mí me gustara...

La vieja removióse satisfecha bajo el pañolón de abrigo y el corazón se le movió a generosidad. Sin decir una palabra, sacó del cesto dos arenques emparedados en unas anchas lonjas de pan, bien empapadas de aceite. Los ojos del viejo rebrillaron, entre las cejas, de codicia.

Entonces ella le invitó.

—Si quiere acompañarme, José, partiremos.

Quiso rehusar, sólo por cortesía; pero, resuelto, alargó

19. *zoco:* aquí, zócalo, friso *(DRAE).*

las dos manos hacia la vieja. Los dedos le temblaban y el corazón también. Recibió su ración con un gesto que no se sabía si era de risa o de llanto, y las babas se le escurrieron como un chorro de goma líquida.

—¡Dios se lo pague! Más de dos años hace que no probaba esto.

Y miró a la vieja enternecido.

Se pusieron ambos a comer: ella, muy melindrosa, a pequeños bocados; él mascando ávido, con la boca llena, como si temiera que le arrebatasen la vianda. De pronto, con los ojos encendidos, balbuceó sin poder contenerse:

—¡Ve! Una mujer como usted es lo que convenía.

—Si le agrado...

—¡Recontra, si me gusta! Y puso los ojos en blanco, entusiasmado.

—También me gusta usted.

Cuando acabaron de almorzar todo estaba arreglado. Se casarían así que tuviesen dinero para pagar, a medias, las licencias. Como a él los nietos[20] le registraban al volver del limosneo y le quitaban los cuartos, cada día, a la vuelta, le entregaría la mitad de lo que recogiera a la Lalia y si faltaba algo para los gastos ella vendería un cochinillo.

—Gracias a Dios, no pasaremos hambre, dijo ella.

—Tan pronto salga de casa —añadió él, que no quería pasar por miserable— hablaré al secretario para que me cobre los trece duros, ¿no le parece?

—¡Ya lo creo! Y compraremos un cerdo.

—Me las pagarán aquellos recondenados!

Apenas acababa de refunfuñar la amenaza, se divisó el grupo de mendigos que se acercaba negreando como una

20. La traducción que hace Angel Guerra de *nebots* como "nietos" es errónea. Hay que entender "sobrinos".

nube de moscas sobre el blanco polvoriento de la carretera, y al instante desmayaron los ánimos.

—No digas nada de esto —encargó a su novia— si te parece, porque si estos lo saben lo cuentan en mi casa y me veré en apuros... ¿Entiendes?; por el jornal y la limosna...

Mas la advertencia era tardía, pues la Gorda los sorprendió y los tomó por su cuenta.

—¡Descarada! ¿No oyes?... refunfuñó el viejo, que comprendió lo que tramaban. ¡La hemos hecho!

No se equivocó. Tanto los acosaron aquellas furias, que el pobre hombre lloraba de rabia y sus muletas las esgrimía en todas direcciones para repeler aquella caterva de insolentes, y su boca no cesaba de insultarlos, provocando así más y más los atroces regocijos de todo el pandillaje. Cuando llegó al pueblo tenía los ojos hinchados, como puños.

A la siguiente mañana la vieja fue a buscar al Nel para charlar un rato y lo encontró sentado en el suelo, la cabeza baja, en medio de los cochinillos que se embestían jugando y se revolcaban a placer sobre la tierra roja. Ella estaba contenta, pero el pobre, abatido y pesaroso, confesóle que ya no podía casarse, porque nunca había de volver a pedir limosna con aquellos desalmados; y si iban los dos solos, no siendo pobres de solemnidad, el pueblo hablaría mal y con razón.

La vieja le escuchó en silencio, y de pronto, con gran energía, declaró que ella sola pagaría las licencias aunque tuviese que vender todos los cochinillos, y que, si a él le parecía bien, aquella misma tarde irían a ver al cura para que los despachara.

A él, desde luego le pareció bien; como que hasta lloró de regocijo. Y la misma tarde cumplió ella lo prometido.

El señor cura no salía de su asombro, y condolido trató

de quitarle aquella locura de la cabeza, pero la vieja, sintiéndose agraviada, le dijo:

—Él ya tiene la edad, y yo también. Si nos queremos casar, no es cuenta de nadie.

El señor cura, entonces, resignóse amablemente, diciéndole que todo se arreglaría. Mas, desde aquel momento, todos los días presentábase en la casa parroquial la vieja a ver cómo andaban los papeles.

* * *

Al correr la noticia hubo larga risa en todo el pueblo. Las mujeres los burlaban y la chiquillería, así que los alcanzaba a ver, empezaba a cantarles la popular canción:

El pollo y la pulga
se quieren casar,
quieren hacer fiesta
y no tienen pan.

Cuando se enteraron los sobrinos de Nel, montaron en cólera, y a poco, de los golpes que le dieron, casi lo matan. Después, a puntapiés, lo echaron a la calle.

Ensangrentado, sin muletas, agarrándose a las paredes, marchóse a casa de la Lalia, y sollozando, con un gemir que le partía el corazón, le dijo:

—Lalia: ¡mira cómo me han puesto! Me han echado de casa... ¡no sé dónde acogerme! ¿Me admites por esta noche?

La vieja le concedió albergue, y hecha una avispa se fue a contarle al señor cura lo que pasaba, y éste, para evitar escándalos y tragedias, díjole que al día siguiente por la mañana los casaría. El ama que lo oyó, contó muerta de risa el caso a las vecinas. Al anochecer, la gente se reunió

en las cercanías de la casa de los novios, con cacerolas, con cencerros, con cuernos de pastores, armando tanto ruido, que ensordecía. Hasta muy entrada la noche duró la cencerrada. Ni el viejo, ni la vieja, eran viudos, pero eran quienes eran, y sobraba motivo para promover escándalo.

—¡Mañana, mañana, cuando salgamos!, gemía el pobre hombre, apesadumbrado y temeroso, junto al fuego.

A las cuatro de la madrugada, cuando asomó con precauciones la cabeza a la puerta, no vio alma viviente a lo largo de la calleja.

—¿Oye? ¡No hay nadie!, gritó alegremente.

Y salieron muy emperegilados; él, por todo lujo, con unas muletas nuevas que se había arreglado la tarde anterior; ella, echándose encima toda la pobreza que almacenaba en la caja: el corpiño que le regalara la alcaldesa hacía muchos años, la falda de percal y a la cabeza un pañuelo color de chocolate con franja verde.

Él estaba contento como unas pascuas; al atardecer del día antes había comido un plato de coles y media tortilla, sintiendo todavía el calor confortante de aquel festín. Ella andaba derecha como un cirio y sin volver la cabeza a ningún lado.

Iban a casarse solos, sin cortejo, porque no habían querido invitar a nadie.

Pero los apuros fueron al llegar a la iglesia; no podían casarse por falta de testigos.

—¡Ea!, yo seré uno, dijo el campanero viéndolos tan apurados. Vaya por otro, Lalia.

La vieja salió a la calle, mientras el novio se confesaba. Afortunadamente pasó en aquel instante el mendigo ciego, empujando a su nieto que rezongaba restregándose los ojos.

La vieja paró al ciego, pidiéndole le sirviese de testigo.

—Llevo prisa, que voy muy lejos hoy, contestó el ciego con enojo.

—Si quiere venir, después le daremos de almorzar. Un trozo de cochinillo y un pedazo de butifarra.

La oferta decidió al ciego, y entraron en la iglesia.

Así que confesó la novia, en un momento se celebró la ceremonia matrimonial. Los contrayentes y los testigos oyeron misa.

Cuando el señor cura entró en la sacristía, el cortejo se encaminó a la pila del agua bendita, ella satisfecha y presumida como un gallo, esponjándose la falda que se le había arrugado y él con la boca llena de risa. Ya tenía mujer y casa... y el golpe de sus muletas sobre el enlosado pavimento le sonaba como un repique de gloria.

Salieron a la calle: todavía no clareaban los albores del nuevo día y las estrellas parpadeaban en el alto cielo como si fueran a apagarse.

—¡Caramba!, ¡qué aire corre!, dijo ella, muy melindrosa, tapándose la cara con la punta del pañuelo.

—¡Y que hace fresco, Lalia! ¿Ves? Yo me encuentro muy bien —contestó él riendo.

El ciego también charlaba, mezclándose en la conversación, cuando, de pronto, rompió una gritería espantosa con silbidos estridentes y ruido de cacerolas y cencerros. Quedaron aterrados. Sin que tuvieran tiempo de cambiar unas palabras, de todos los lados de la plaza salió una lluvia de piedras como huevos de gallina que rebotaron en las paredes y en la puerta de la iglesia con estrépito formidable.

Retrocedió entonces la comitiva, con espanto. A la puerta de la iglesia encontraron al señor cura que salía gritando:

—¿Qué es esto, perdidos?

Pero en medio de aquella tempestad de gritos no podía

oírse la voz del señor cura y tuvo que retirarse para no ser herido.

—¡Cierren la puerta!, ordenó a los que entraban atropellándose, lanzando ayes y gemidos. Luego llamó al monago y al campanero que todavía estaban en el altar mayor.

—Benito, Miguel, ¡traigan un cirio a escape! ¡Ave María Purísima, qué brutos! ¿Está herido alguno?

—¡Yo sí!

—Yo sí.

—Yo no.

Así contestaron todas las voces al unísono, redoblando los gemidos y los llantos.

Cuando trajeron el cirio, pudieron verse aquellas caras demudadas y aquellos ojos expresando su horrible espanto.

El pobre ciego, verdoso como un difunto, se agarraba el muslo derecho con la mano crispada.

—¡Ay! ¡Me lo han roto, me lo han roto!, gritaba con dolientes voces.

—Vaya, ya lo veremos. No se asusten.

—¿Y usted, Lalia!

—Yo... yo... contestó ella sollozando. ¡Ay!, no lo sé, ¡pobre de mí! Me ha caído encima una cosa gruesa, muy gruesa, como un tronco de árbol.

El cura se revolvió de pronto:

—¿Dónde está José?, preguntó alarmado. Todos miraron en torno. No estaba allí el novio.

—¡Ave María Purísima! ¡Se ha quedado fuera, pobre hombre! A buscarlo en seguida.

—Todavía tiran... dijo Jaimillo, todo estremecido, por las piedras que golpeaban la puerta.

—¡Aunque tiren!... dijo el señor cura. Y, arrancando el cirio de la mano del monaguillo, se fue decidido a abrir la puerta. Con el pie en el umbral gritó con todas sus fuerzas:

—¡Salvajes! ¡Aprontaos!...[21]

La pedrea y el griterío cesaron súbitamente, y se oyeron pasos escurridizos de gente que huía a la desbandada. Acababan de ver al señor cura con el cirio en la mano. La plaza quedó desierta en un momento.

Cuando ya nada se oía, el señor cura, escrutando la oscuridad a la luz del cirio, gritó de nuevo:

—¡José! No tenga miedo... ¿Dónde está?

No le respondían. Receloso avanzó hasta el centro de la plaza, donde le pareció que negreaba un bulto. Era el pobre viejo, tendido en tierra, inmóvil, una pierna aquí y otra allá, con todo el cuerpo magullado. Una de las muletas estaba a su vera; la otra, ¡Dios sabe dónde estaría!

—¡Vengan, que lo han herido!, gritó a la gente de la iglesia, que aún no se atrevía a salir.

Todos vinieron, menos el ciego que tumbado en un banco no hacía más que quejarse con gritos de dolor. Llegaron también algunos vecinos de aquellas inmediaciones. Uno mantuvo el cirio, mientras que el señor cura auxiliaba al viejo desvanecido. Tenía el pobre hombre toda la cara ensangrentada; había recibido una tremenda pedrada entre la nariz y la boca.

—Le han malherido esos pilletes! Habrá que lavarlo con vino[22]. Tráiganme... no; es mejor llevarlo a alguna casa. A la tuya, Mónica, que está más cerca. ¡Virgen María! ¡Que sucedan estas cosas en mi parroquia!...

Y la voz del señor cura temblaba de indignación.

La vieja, apoyada en una pared, no hacía más que

21. La frase original en catalán dice: "Murris! Salvatges! Espereume!", que debe traducirse '¡Pícaros! ¡Salvajes! ¡Esperadme!'

22. El vino era utilizado, popularmente, como desinfectante en la curación de heridas. Recuérdese su presencia en el primer Tratado de *El Lazarillo de Tormes*, cuando Lázaro es curado con vino por el ciego tras cada paliza que éste le propina.

llorar desconsolada, llevándose la punta del delantal a los ojos.

Levantaron en peso al herido y al moverle la cabeza vieron que manaba sangre por otra herida.

—Aquí también... A ver, alumbren. Dame tu delantal para vendarlo, dijo el cura a una muchacha que miraba.

Examinando bien, vieron que desde las sienes hasta el cogote, era una mancha roja todo aquel lado de la cabeza. El señor cura limpió la sangre y volvió a mirar cuidadosamente. Inquieto, con creciente agitación, desabrochó la camisa, empapada de sangre y babas, y puso la mano sobre el pecho.

Todos, presintiendo que algo grave pasaba, permanecían mudos y quietos. No se escuchaba más que el gemir de la vieja arrimada a la pared.

De pronto, el señor cura se irguió violentamente y echando una mirada acusadora sobre el montón de caras estúpidas, animadas por la curiosidad, que le cercaban, gritó:

—¡Brutos!... ¡Lo han matado! ¡Se acordarán de mí!...

La gente retrocedió, muda de sorpresa.

—¡Vean a lo que llevan los escarnios!... ¡Vean la educación que dan a sus hijos! ¿Cómo van a responder de esta muerte delante de Dios?

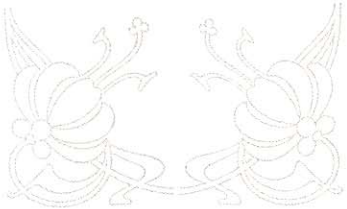
Nadie replicó. Todos permanecían atemorizados y con la cabeza baja.

Y el señor cura volvió a decir con imperioso acento:

—¡Luego nos veremos las caras!... En tanto, arrodillaos y recemos un Padrenuestro por el alma del difunto.

Y juntando las manos, mientras que los hombres, rodilla en tierra, se descubrían, dijo con fervorosa unción:

—¡Señor! ¡Señor! Recibid en vuestro seno al pecador que acaba de morir. Porque Vos habéis dicho: ¡de los humildes es el reino del Cielo!



Sofía Casanova

PRINCESA DEL AMOR HERMOSO